

**ESTARÁ TU NOMBRE  
EN TODO**

**José Luis Ramírez Luengo**

**ESTARÁ TU NOMBRE  
EN TODO**

**ESDR**  **JULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, marzo 2023

© José Luis Ramírez Luengo, 2023

© Esdrújula Ediciones, 2023

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de portada: Noelia Cortés Oliva

Maquetación: Carmen Álvarez

Impresión: Centro Gráfico Digital Granada

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 442-2023

ISBN: 978-84-126838-1-3

Impreso en España · Printed in Spain

## De cuando América conquistó a España

José Luis Ramírez Luengo, bilbaíno asentado en Madrid, nos ofrece en este libro un canto de amor a esa vasta geografía de ultramar a la que viene dedicando su vida docente e investigadora. Lingüista por la Universidad de Deusto, enseñó durante años en la Universidad Autónoma de Querétaro y es académico correspondiente en Madrid de las Academias Mexicana, Hondureña y Guatemalteca de la Lengua, así como académico honorario de la Ecuatoriana. Este somero repaso de su trayectoria es el *substrato* experiencial —o, tal vez, el *superestrato*, para acudir a otra palabra cara a un dialectólogo como él— de este poemario magnífico y valiente.

El primer misterio que se nos presenta es el «tú» del título. *Estará tu nombre en todo* es un acierto rotundo porque, página a página, el lector o lectora intentará atribuirle un sujeto al posesivo. Y nunca le quedará claro si el poeta se refiere a una ciudad, a un continente, a un hombre en particular, a una categoría (los amantes) o, incluso, al idioma. Esta ambigüedad nunca se resuelve —aunque aparezcan guiños aquí y allá que nos lleven a optar por una u otra interpretación pasajera— y alimenta una curiosidad que, sin duda, engrandece a este libro.

Los dos exergos nos anticipan el lugar privilegiado que el paisaje y el amor ocupan en las páginas sucesivas: el epígrafe de la *Geographía Histórica, IX. De la América* del jesuita andaluz Pedro Murillo Velarde y Bravo en el que se menciona la abundancia de climas, territorios y gentes de Latinoamérica que le hicieron creer a Colón que había llegado al paraíso, y una segunda cita de *La muerte en Venecia* de Thomas Mann, que dice que los poetas son unos aventureros de los sentimientos. Esta doble valencia geográfico-amatoria será el hilo conductor del libro, en el que se despliega un meticuloso inventario de lugares de encuentro y de cortejo amoroso. Se trata de cuarenta y ocho poemas con diferentes historias de amor. Algunas se concretan y otras no franquean el límite de la observación interesada pero siempre conducen a una prolífica reflexión del yo lírico sobre los cuerpos contemplados.

Se nombran diecisiete países de América, uno de América del Norte y dieciséis de América Latina: poemas que transcurren en Argentina (Buenos Aires I, II, III, IV, V, VI Mar del Plata, Tres Morros, Iguazú, Ushuaia, Banfield); Brasil (Congonhas do campo, João Pessoa, Rio de Janeiro, Natal, Belém do Pará); México (Ciudad de México I, II, III, IV, V, Mérida, Acapulco I, II, Santa María Tonantzintla, Querétaro); Estados Unidos (Nueva York I, II); Guatemala (Ciudad de Guatemala); Uruguay (Montevideo I, II, III); El Salvador (San Salvador); Bolivia (Potosí, La Paz, San Xavier en Chiquitos, Santa Cruz de la Sierra); Cuba (La Habana I, II); Honduras (Tegucigalpa); Colombia (Cartagena de Indias, Medellín); Ecuador (Quito); Paraguay (Asunción); Costa Rica (San José de Costa Rica);

Chile (Santiago de Chile); Perú (Lima) y Nicaragua (Granada). En ellos se describe una casuística de relaciones amorosas y de técnicas amatorias. Están escritos, en su mayoría, en versos alejandrinos con patrón de acentuación en la tercera y decimotercera sílaba, aunque hay variaciones sobre este modelo hegemónico. El protagonista del libro es un «viajero» que se identifica con el enunciador lírico y que nos presenta un friso de personajes: clavadistas, alumnos anónimos, arcángeles ingratos, gigolós y «garotos de programa», amantes mercenarios, amores clandestinos, transexuales benevolentes («cuerpo de muchacho mudado en hermosísima hembra»), chacales traidores, congresistas inesperados, príncipes orientales (en el sentido de *uruguayos*), jóvenes de rostro aniñado y profundidad azteca, segundas oportunidades perdidas y ángeles andinos que dejan al poeta sumido en el enamoramiento, el desengaño y la nostalgia, meditando sobre los mejores remedios para curar el desamor. Casi siempre los destinatarios de este canto amoroso son hombres jóvenes, efebos que recuerdan a los *fanciulli* del perugino Sandro Penna.

José Luis Ramírez Luengo actualiza, en clave contemporánea, el *Ars amatoria* de Ovidio y los poemas homoeróticos del poeta latino Cayo Valerio Catulo, célebre por sus versos de aventuras y pasiones no correspondidas donde inserta consejos e imperativos morales. Esto sucede, por ejemplo, en el poema ambientado en Potosí: «Olvida, hazme caso, el manual de conquistas, / todo el *ars amatoria* que tantas tardes te dieron / (...) Aquí las reglas son otras, y no sirve / ni seducción ni trampa conocida. Pues no hay forma, / hazte a la idea.

No hay forma, / de que por amor se endulce su corazón de pintura». El autor traslada el mundo clásico a América Latina, entablando analogías físicas entre hombres de épocas distantes, por ejemplo, en «João Pessoa: El viajero intenta descubrir Grecia en un gimnasio». El enunciador lírico entra, en efecto, en un gimnasio, y allí los cuerpos le recuerdan a «un mediterráneo antiguo» aunque «hoy el mar es otro mar», porque se trata del mar que baña las playas de Paraíba, en Brasil.

Otra de las constantes es el tratamiento del tópico latino *collige virgo rosas* de Ausonio aplicado a los jóvenes con los que se cruza el viajero durante sus travesías de ultramar. Les recuerda que aprovechen la belleza de la juventud, que sean conscientes de ese regalo del presente. En Acapulco, el viajero admira a un clavadista de diecinueve años antes del salto y celebra su turgente virilidad marmórea. En Buenos Aires, ciudad definida como una «irreal conjunción de la cigarra y el tráfico», observa a unos «adolescentes joviales cuya belleza aún ignoran» y en Nueva York aconseja a los muchachos de Brooklyn, semejantes a Aquiles fortísimos que llegan tarde al trabajo: «Gozad, pues de ocasión tan venturosa: los lloros / aún están lejos de vuestra gracia dulcísima».

Muchas páginas se circunscriben al amor *de visu*. La contemplación atenta inflama de deseo al observador, que a veces se coloca en una posición de subalternidad por identificación con el «invierno» de la vida. En Montevideo, dice, los estudiantes de marzo caminan despreocupados y felices con premura infantil «y pasan a mi lado, y yo los miro / como se miran de lejos las historias imposibles». En Ciudad de Guatemala el viajero

observa a los estudiantes camino de la universidad y no ahorra superlativos al hablar de sus brazos «fortísimos» y de las «afortunadas camisas, con precisión entreabierta» que desembocan en el amargo desenlace de la despedida veloz, porque «llegamos al final de la avenida / y se pierden para siempre entre las aulas». También el metro de Ciudad de México impone sus propias reglas y extravía a los amantes potenciales: «esta ciudad-infinito (...) no acostumbra a otorgar oportunidad segunda» así como sucede con los desencuentros metropolitanos de *À une passante* de Baudelaire o *En una estación de metro* del chileno Óscar Hahn.

Uno de los poemas más impactantes del conjunto, en mi opinión, es «Santa Cruz de la Sierra: relato de una mentira» en el que se denuncia el autoboicot de quien se niega a aceptar su identidad de género *no-cis*: «Fingir puedes, sí, los besos y gestos aprendidos, / las caricias por su piel que solo a ella deslumbran, / las palabras al oído en que se mece, / las sonrisas repetidas que de memoria conoces, / y toda esa serie, tan puntual y perfecta, / de rutinas necesarias que, en el fondo, / a tus ojos nada son, porque nada significan. / (...) Mientras calibro con precisión minuciosa/ la asombrosa plenitud de tu belleza, / el lazo sutil que entre los dos se entreteje, / ese placer animal que nunca conoceremos / y el tamaño colosal de tu mentira».

La belleza sobrecogedora de la geografía latinoamericana ocupa largos pasajes del libro: se celebran los volcanes y cerros de San Salvador, que inspiran una solemne salutación del poeta: «Yo te saludo de lejos, país dolido y hermoso (...) qué ganas se me florecen de abrazarte entero». La ciudad de La Paz se



deshace en rocas, «casi herida», y deja una fragancia en los labios. Tres morros, en Salta, reúne la puna y el infinito, “esa tristeza flexible que entre la luz se entrepierde» en «una disección de bordes tenues», «de límites callados y constantes» y es capaz de redimir al observador con su majestuosidad. Mérida es una «catarata tropical de verde y pájaros» donde el cielo se resuelve en un «rompimiento de gloria». Iguazú empuja al viajero a meditar sobre lo sublime, Ushuaia es definida como un titán de ciclópea belleza, Asunción «tiene un algo / de gran playa sin mar», Santiago de Chile danza hasta transformarse en un océano que gime y la nicaragüense Granada se le desnuda al poeta: «Tu púdico rubor de rosa herida / y un temblor vegetal que te distingue. / (...) hacerte así, tan puramente mía».

*Estará tu nombre en todo* se abre y se cierra con poemas dedicados a Buenos Aires, un espacio epifánico de afectos inmarcesibles que no disminuyen su intensidad a pesar de la distancia: «Qué extraña emoción amarte de esta forma, / (...) que ni el tiempo ni el espacio / (...) te esconden o te roban. / También estarás tú, y estará tu nombre en todo». El canto de amor a América se completa con una apelación a los europeos para que abandonen la utopía de explicar, por medio de la razón, el fascinante misterio de América, su «lógica triunfante», su ser y su secreto:

No busquéis, pues, cuando todo se confunde,  
se confunde febril en desvelado concierto,  
la mano del artífice, su firma,  
el trazo de su nombre, o el preciso

indicio que os señale la frontera  
entre la iglesia y la selva, los arroyos,  
los santos y los árboles, los muros.  
No: nada significa vuestra pregunta perpleja,  
vuestro afán lacerante de ordenadas premisas,  
pues la torre, las palmeras, los retablos,  
el río y la misión, la selva toda,  
lo mismo son en realidad: la misma cosa;  
y tan iluso es buscar diferencias ahora  
en la profunda unidad del artificio y la vida  
como intentar separar la arena de la arena,  
comparar la tibieza del aire con el aire  
y buscar, bajo el ardor constante de los astros,  
la luz que los distingue de otras luces iguales.

Al final de este viaje nos queda la sensación de que América es, para el poeta, un único hombre que va cambiando de cuerpos y de países. O, para decirlo con Neruda, un único amor que es como es un largo río: solo cambia de tierras y de labios. Como la acción de *conquistar* significa *ganar un territorio* pero, también, *obtener el amor de alguien*, José Luis Ramírez Luengo nos ofrece un lúcido y lírico poemario donde un español no es ya un conquistador, porque el conquistado es él.

Roma, enero de 2023  
MARISA MARTÍNEZ PÉRSICO

Estará tu nombre en todo

*El temple de la América es vario, según la variedad, y muchedumbre de climas, y grados, que encierra. En lo general, sin declinar con exceso al calor, ni al frío; el Cielo está bastante despejado, y alegre; el País ameno, entretenido de valles, montes, llanos, riscos, fuentes, arboledas, bosques, ríos, y lagunas, con muchas costas de varios Golfos. La tierra está verde, hay variedad de animales, pájaros, aves y pezes, y el terreno es fértil, y abundante.*

*Esto hizo creer a Colón, que estaba en estas Regiones el Paraíso.*

P. MURILLO VELARDE

«Geographía Histórica, IX. De la América» (1752)

*¿No comprendes que nosotros, los poetas, no podemos ser sabios ni dignos y que forzosamente hemos de desviarnos por los senderos de lo absurdo, hemos de ser livianos, meros aventureros de los sentimientos?*

THOMAS MANN, «La muerte en Venecia»

Buenos Aires, I: la ciudad en febrero  
*(Marcela, la porteña precisión en la mirada)*

Si tuviera, sí, que definir cómo la siento,  
cómo se me quema en la piel, y cómo a solas  
la mirada me desvela con su ruido y sus nostalgias  
(mientras camino en una noche tan mansa,  
en una noche tan solidaria y tan mía),  
entonces hablaría de esa enormidad ausente,  
de esa ubérrima y febril eternidad que seduce  
con el placer del que roba sus memorias al destino,  
con la suavidad que extienden sus esquinas admirables,  
con la vegetal fruición que entre versos me descubre  
y con esa pequeñez con que, en su vida infinita, me esboza.

Hablaría, sí, de la ciudad junto al río,  
de la ciudad que, entre acordes estivales,  
se despereza indolente, que se quema  
—junto al sereno pasar de las nubes y los barcos—  
en un verano de luz que en pura luz se deshace.  
Hablaría, sí; hablaría  
de la irreal conjunción de la cigarra y el tráfico,  
de un calor que se carga de avenidas y de nombres,  
de los pájaros que cruzan,  
que se cruzan y entrecruzan con esperanzas sutiles;

de posibilidades tenues que se extienden hasta el cielo,  
de adolescentes joviales cuya belleza aún ignoran,  
de un murmullo sosegado de libros entre la hierba  
y de una tristeza muy dulce, que en el caer de la tarde,  
apenas sin ser vista, suavemente,  
con la lentitud de los tiempos que se olvidan,  
junto al sol se desvanece.

## Congonhas do Campo: amanece sobre los profetas

Miradlos, allí están: esas miradas,  
esos gritos de piedra que os aturden, esas manos  
que crispadas se rompen contra el aire, los suspiros  
que se agotan en minerales gargantas; sus ropajes  
que, con la fuerza de un monte, se descubren  
—ciegos de esplendor en la mañana— con el ritmo  
cadente de aquella escala incorpórea  
que, sola en su paz, su crecer imaginara.  
Y los cuerpos: esos cuerpos retorcidos  
que pétreos ascienden en su tibia alborada,  
y se arman de dolor, y de quebranto,  
y de fervor eternal, y de exhausta profecía.

Esos son: los que en su ardor suspendido,  
mientras la alondra perfila la mañana en su canto,  
susurran su secreto; confundidos,  
expectantes en su soledad primera,  
repiten en un minuto infinito  
la sosegada verdad de sus versos, esos versos  
que nada reflejan en su insonoro destierro,  
que nadie comprende y que —mística desdicha—,  
mientras el día renace y el sol, otra vez, los deslumbra,  
a nadie preocupan, pues a nadie interesan.

## Ciudad de México, I: Velio

La profundidad oceánica de tus ojos grises, la suave  
sonrisa que en dulzuras tibias te apropias; tu cuerpo,  
que se dobla como un junco tras la lluvia  
y que describe la rotunda plenitud del mediodía;  
tu carne tan fragante, que se incendia  
en el calor sofocado de una noche de junio  
mientras te observo asombrado, y tú pasas  
—ausente, casi angélico, lejano—  
con la distancia elegante de los mares y los astros.

Dime, Velio, ¿y amor buscas,  
tú, que transformas en amor los gestos,  
que desatas las tormentas en los pechos,  
que desgastas los suspiros, y las noches  
y los labios en amor transformas? Irónica  
se muestra tu belleza inexplicable:  
roto el sosiego, la serenidad vencida,  
todo se entibia de amor a tu paso  
y no lo sabes.